

La buena nueva el mundo el evangelio
 Que el mismo Dios trae a los mortales
 Divina ley, como en autor perfecto, en el
 Para como El, eterna e inamovible, como
 Y ni en los de gran especie raras
 Ni en sus soberanas papirales raras
 Ni en las silvas torres de su templo
 Adornadas de almeas y dolantes
 Ninguna voz se oye que en son de trueno
 Ruidosa el mundo, para honrar
 Y al tocar de la tierra muchos ruidos
 Manda en su templo, en su templo
 Eumenes, por el dario, como
 A aquellos que muchos conatos
 Que, llenos en pieve en gentes sedientos
 A clamar por el, por su sangre!

José y Miriam en tanto ya cumplido
 De la ley el precepto maravilloso
 A Nazareth sus pasos dirigieron
 Y volver a ver andando sus hogares

LIBRO NOVENO.

LA HUIDA A EGIPTO.

I.

Feliz el hombre cuya vida pasa
 Dulce y serena en el solar nativo;
 Feliz aquel mortal que no traspasa
 El limite extranjero siempre esquivo:
 Feliz aquel que en la paterna casa
 Al frio invierno y al calor estivo,
 Respira el aura que meció su cuna
 Hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte
 Los fieros y rudísimos rigores,
 Cuando á su embate opone un alma fuerte
 Que defienden los célicos amores
 De patria y de familia: y ni la muerte
 Con su tren de fatídicos terrores,
 El corazon espanta enflaquecido
 Del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la orfandad, ¡con qué ternura
 Le socorren sus deudos y allegados!
 Si del dolor lo cerca la amargura,
 ¡Cuán tiernos y solícitos cuidados!
 Y en la mayor miseria y desventura,
 ¡Qué dolores no fueran consolados
 En pecho de hombre ó corazon de niño
 Con el consejo sábio y el cariño?

Y si llega, por fin, inexorable
 El hora del morir, ¡con qué consuelo
 Al espirar el plazo inevitable
 Se despide el mortal del patrio suelo!
 Deja la humana vida deleznable
 Por la vida inmortal, hija del cielo,
 Y llanto amigo de dolor retumba
 En los callados ecos de su tumba!

Allí incesante el amoroso ruego
 Le alcanzará el perdon de sus errores;
 Y allí á despecho del solsticio fuego,
 Y del torvo aquilon, devastadores
 Del monte y la llanura, al dulce riego
 Del llanto del amor, cándidas flores
 Brotarán y aromosas yerbecillas
 Dó á posarse vendrán las avecillas!

¡Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado
 Es el duro, tristísimo destino!
 De su dolor tan solo acompañado
 Por el ignoto y áspero camino,
 En el felice tiempo ya pasado,
 Irá pensando el pobre peregrino,
 Sin mirar ni en remota lontananza
 El astro animador de la esperanza!

¡Qué importa que en el monte y la llanura
 Brille del padre sol el puro rayo,
 Ni que del prado ameno la verdura,
 La gala ostente del florido mayo?
 Y el murmurar del agua en la espesura,
 Y de las aves el concierto gayo,
 Y el rugir de la mar embravecida,
 ¡Qué son al infeliz que va sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada
 Al dulce clima que nacer la viera,
 Es á remota orilla transportada
 Por la mano del hombre dura y fiera.
 Y allí, lánguida, triste y deshojada,
 Apenas sombra de lo que antes era,
 Hacia aquel suelo extraño la mezquina,
 La mustia copa sin valor inclina:

Así el ausente del nativo suelo,
 Lejos de todo lo que el alma adora,
 Del destino crúel algun consuelo
 A su agudo pesar en vano implora:
 Muéstrase sordo á su plegaria el cielo,
 En vano el triste entre suspiros llora,
 Y á soledad eterna condenado
 Llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor á los gemidos,
 Acude tarde á terminar los males
 En que pasan la vida sumergidos
 El número mayor de los mortales:
 A los que de ella están desprevenidos
 De enmedio á los placeres terrenales
 Impía los arranca, y desatiende
 Al que ambos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida
 Y al llanto vive eterno aquí en el suelo,
 Que de sus negros dias la medida
 Prolonga sin cesar airado el cielo:
 Llama y vuelve á llamar la apetecida
 Muerte, ya solo blanco de su anhelo;
 Mas ella encarnizada no le escucha,
 Y le abandona á su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserable
 La esposa y el esposo condenados,
 Una vida de angustia inesplicable
 En países remotos é ignorados,
 De Dios por el querer inexcrutable,
 Arrastrarán los Santos desterrados,
 Hasta cumplirse los fijados dias
 Del temporal destierro del Mesías.



II.

Vueltos José y Miriam del largo viaje
 Apenas, á la baja Galilea;
 Cuando aun las sandalias del camino
 Conservaban acaso las arenas,
 Y sus sensibles pechos, no saciados
 De mirarse de nuevo en la paterna
 Ciudad, apenas crédito á los ojos
 Se atrevían á dar; por la suprema
 Voluntad del que rige de los hombres
 Las fortunas, ya prósperas, ya adversas,
 A ruta mas penosa y dilatada
 Hubieron de aprestar la planta incierta.
 José en los brazos del callado sueño
 Reparador de sus caídas fuerzas
 Descansaba en el pobre lecho, humilde,
 Una noche pacífica y serena;

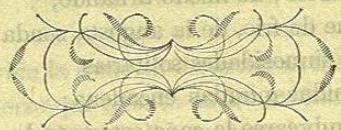
Cuando súbito un alto paraninfo,
 Enviado de la suma omnipotencia,
 Cabe al lecho de pié, con argentina
 Sumisa voz, mas que en el ruego impera:
 " Levántate, le dijo, al niño toma,
 " Y á su madre con él; hácia la tierra
 " De Egipto, presuroso te encamina
 " Y hasta volverme á ver deten la vuelta;
 " Que el fiero Herodes del infante en busca
 " Rugiendo va con intencion siniestra."
 De espanto lleno con palabras tales,
 El patriarca santísimo despierta,
 Y á llamar corre á la infeliz MARIA,
 Que del nuevo infortunio el alma agena,
 El sueño de los ángeles tranquilo
 Duerme, no lejos de la cuna escelsa
 Del niño Dios.—La cariñosa Madre
 Miradas de dolor y angustia llenas
 Dirige al hijo caro, y presurosa
 Recoge algunas túnicas modestas,
 Escasas provisiones, y pañales
 Del niño, al cual en su regazo estrecha;
 Y precedida del amante esposo,
 Vertiendo amargas lágrimas, se aleja
 De la ciudad natal, adormecida
 A la trémula luz de las estrellas,

Partieron... allá van, y en su camino
 Por la difícil tortuosa senda,
 Turba el dudar sus vacilantes pasos,
 Hiela el temor la sangre de sus venas.—
 ¿Cómo escapar de Herodes iracundo
 A las inicuas tramas encubiertas?
 ¿Qué valla á detener será bastante
 Al príncipe feroz en su carrera?
 El, que en las manos con la sangre rojas
 De las víctimas mil de su fiereza,
 El oro derramando, los furoros
 De sus viles sicarios recompensa;
 ¿Dónde se detendrá de su venganza
 En la crúel, mortífera carrera,
 Ora que al par defiende de su vida
 La púrpura real y la diadema,
 Cuando simples sospechas castigando,
 A tan graves delitos se despeña?

Aun era la estación de invierno frío,
 Y el cierzo que silbaba en las malezas
 Cubría de Miriam el rostro puro
 Con dolorosas y moradas vetas;
 Mas ella, de sí propia olvidadiza,
 Cuidados, atenciones y ternezas,
 Cuanto pueden hacer marchando juntos
 Del cuerpo y del espíritu las fuerzas,

En torno al hijo de su amor consagra:
 El, monarca del cielo y de la tierra,
 A cuyo soplo animador, fecundo,
 La creacion del caos salió entera;
 A cuya voluntad cejan los mares,
 Y se afirman los polos que sustentan
 Los infinitos mundos del espacio
 Para siempre jamás; á cuya inmensa
 Divina voz, con dos palabras solas
 Brotó la luz de en medio á las tinieblas;
 Ora á las duras leyes sometido
 De la humana, mortal naturaleza,
 En el regazo de la tierna madre
 El Cristo salvador de frío tiembla;
 Y del susto, y el hambre y la fatiga
 Con flébiles vagidos se lamenta!—
 —Y la amorosa madre silenciosa,
 Cual los despojos fúnebres que encierra
 Un sepulcro; de miedo tiritando,
 Mas que de frío, de la angosta senda
 Por las sinuosidades solitarias
 Sus tímidas miradas encadena;
 Y al cimbrarse la caña estremecida
 Al aura de la noche, ó de la espesa
 Enramada al sonar en blando arrullo
 De enamorada tórtola una queja;
 O si el rumor se escucha en lo lejano
 De las secas varillas que se quiebran

Al impulso del viento quebrantadas,
 O al cauteloso paso de las hienas;
 Asustada Miriam, á su regazo
 Con amoroso espanto al niño estrecha,
 Creyendo ver alzarse ante su vista,
 Que conturba el temor, la gigantea
 Figura de un feroz, crudo asesino,
 Blandiendo airado la segur sangrienta.
 En tanto que la luna en curso blando
 Sigue al través de la azulada esfera,
 Alumbrando con pura luz, süave,
 Los cielos y los mares y la tierra.



III.

Así dias tras dias caminando,
 Huyendo de las sendas pasageras
 Y de los pueblos grandes; por las noches
 Refugiándose acaso en las cavernas;
 Amathot ya detras, se dirigian
 A los llanos de Siria, por veredas
 Estrechas y escabrosas. Una tarde
 Ya casi oscurecido, de unas peñas
 Cubiertas ya por las nocturnas sombras
 Vieron salir en rápida caterva
 Numerosos bandidos.—El patriarca,
 Que iba delante, atrás á la indefensa
 Esposa se volvió, entre cuyos brazos
 Dormia el niño Dios.—Miriam inquieta
 Se detuvo tambien; mientras el caudillo
 De la salvage turba, que contempla

El grupo inerme con asombro mudo,
 Siente que aun hay piedad en su alma fiera:
 Y bajando la punta de su lanza,
 Con espresion de cariñosa oferta
 Tendió á José la mano, un franco asilo
 Ofreciéndole allá en su fortaleza,
 Que de una roca en la postrera punta
 Al nido de las águilas semeja.
 José y Miriam gozosos, apreciando
 Del bandido la rústica franqueza,
 Le siguieron, y el techo maldecido
 Fué aquella noche hospitalaria tienda.

A la mitad del venidero día,
 A pasar los calores de la siesta,
 Y á la vista de Ramla, hicieron alto,
 En un bosque de nópalos é higueras.
 Allí sobre un florido entapizado
 De narcisos, renúnculos y anémonas,
 Al de una fuente arrullador murmullo
 Se adormeció el señor de cielo y tierra.
 Y pasado el calor, de nuevo en marcha
 Tomaron de Belen la nota senda,
 Donde encontrar pensaba el Santo esposo
 Un camello, en las áridas arenas
 Del desierto, animal indispensable.
 Miriam y el tierno niño, hásta su vuelta

Le esperaron, ocultos en las sombras
 De una vecina y lóbrega caverna.
 —Y unidos á mercante caravana,
 Dejaron los confines de Judea
 Por fin, burlando así del rey impío
 La venganza terrífica y sangrienta.

